

RECENSIONES

ERNEST ALFRED LANDY: *The Effectiveness of International Supervision*. Universidad de Ginebra. Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales, 1966. 268 páginas.

Dice el autor de este libro—una de esas tesis doctorales que hacen posible la presentación de información y bibliografía sobre cuestiones de evidente importancia, pero que no siempre resultan especialmente atractivas para el investigador o el historiador—en el prefacio que «ha pasado la hora en que una supervisión internacional significativa pudiese quedar descartada como una fantasía, una cuestión teórica o una consigna». Una de las cosas que harán interesante, añade también, el siglo XX para los historiadores del futuro, ha de ser, aparte características tan extraordinarias como la guerra total y la revolución científica, el pertenecer a un período en el que «los problemas de la paz y el orden mundial han sido atacados por vez primera en escala realmente global».

Hasta llegar al punto en que el sistema de organización internacional que «ha ido tomando forma gradualmente a lo largo de los últimos cincuenta años, posee ahora el peso e impulso suficientes para constituir un factor independiente en los asuntos interestatales». Lo que esto significa en el ámbito de las relaciones—y la vida en general—internacionales salta alguna que otra vez a la vista del lector de periódicos al tropezar con noticias o informaciones sobre discusiones, negociaciones y tratados de un carácter específicamente social, que tienen una relación directa con cosas como los seguros sociales, condiciones de trabajo, jornales incluso, actividades culturales, etc., todo lo cual tiende a ganar importancia a causa, entre otras cosas, de una creciente movilidad de una porción mayor o menor del censo laboral de muchos países, no menos que de intercambios y relaciones mucho más llamativos.

Los comienzos de una actividad que ha alcanzado al fin un alto grado de desarrollo son anteriores, por supuesto, a este siglo. Un punto de partida de este sistema de organización internacional está, sin duda, en el Convenio de Ginebra de 1864, para conseguir un alto grado de desarrollo con la codificación, en 1958, del Régimen de Alta Mar.

La tendencia a la iniciación y aceptación de una legislación internacional ha ido pasando gradualmente de unos comienzos vacilantes y débiles no menos que infrecuentes a lo que produce la impresión de ser una de las características dominantes de nuestro tiempo. Tanto más llamativas por llevar inevitablemente implícita la idea de concesiones importantes por el lado de algo que con mucha insistencia se ha querido presentar como un derecho irrenunciable e indeclinable: la soberanía nacional.

RECENSIONES

A medida que se han negociado—y que han entrado en vigor—tratados y compromisos de un inconfundible carácter internacional, relativos a una grande y siempre creciente lista de cuestiones y actividades, desde los intentos realizados por controlar el tráfico de narcóticos al Tratado de Moscú para la prohibición parcial de las pruebas nucleares, ha surgido y ha crecido la necesidad de una supervisión internacional, algo relativamente reciente, y, por tanto, sólo estudiada de una manera parcial, y en la gran mayoría de los casos muy esquemática también.

Hacia la satisfacción del interés o la simple curiosidad de lo que el señor Landy ha considerado como uno de los aspectos más significativos y menos estudiados de esta supervisión internacional, se ha dirigido una tarea de investigación que ha culminado en la publicación de esta obra. El problema general es ya de tales dimensiones, que su estudio sistemático no sería susceptible de quedar resumido en forma medianamente satisfactoria entra las tapas de un solo volumen. Por razón de la enorme amplitud y quizá también por consideraciones de un carácter más personal, el autor de esta obra concentró la atención, no sólo en un aspecto de la supervisión internacional, sino «en una fase y una faceta de las actividades» de la Organización Internacional de Trabajo, que con casi medio siglo de existencia ha llegado a dar forma a más de un centenar de convenios distintos o separados sobre cuestiones laborales y sociales.

Supone esto, sin duda, que se ha dado un paso de enorme importancia y dimensiones por el lado de la regulación y armonización de lo que ahora se llaman «labor standards». Hasta dónde se ha llegado por este lado acaso dé alguna idea el hecho de que la lista de las obligaciones internacionales asumidas por los Estados miembros de la O. I. T. tiene ya más de 4.000 partidas.

El mecanismo de supervisión de la O. I. T. tiene sus comienzos históricos en la adopción, en 1921, por el órgano de Gobierno del borrador de los «cuestionarios» preparados por la oficina para los dos primeros convenios que habían recibido para aquella fecha un número suficiente de ratificaciones para permitir que entrasen en vigor. Desde entonces se ha ido haciendo progresos, lentamente al principio, pero en forma que ha permitido la creación primero y el desarrollo después de un mecanismo especial capaz de llenar una función esencial en el proceso de la supervisión.

Lo que se ha logrado hasta ahora tiene una importancia que se podría definir como histórica: la creación y desarrollo de una actividad que quizá no hubiera sido posible en un clima de hostilidades a la colaboración internacional, pero con características muy especiales y propias para encontrar justificación en la tarea ya realizada; pero también es importante—acaso más que importante significativo—como expresión de una tendencia, cada día un poco más acusada, la de una creciente colaboración internacional en todas o casi todas las direcciones realmente significativas de la actividad humana.

Desde este punto de vista, lo que se ha hecho, lo que la O. I. T. ha llegado a ser, es a la vez consecuencia y estímulo, pues si por un lado hubiera sido imposible alcanzar una situación como la actual, de un amplio y extendido desarrollo de la colaboración y la supervisión en una variedad casi infinita de cuestiones tradicionalmente consideradas como de una jurisdicción nacional exclusiva y absoluta, por el otro es evidente que la importancia que han llegado a tener organizaciones como la O. I. T. ha contribuido poderosamente a fomentar y aumentar la necesidad ya más bien que la conveniencia de una colaboración internacional tan activa como la que está dando un carácter especial y singularmente llamativo a nuestro tiempo.

JACINTO MERCADAL

RECENSIONES

Issues Before the 21st General Assembly. International Conciliation; Carnegie Endowment for International Peace. Nueva York, 1966, 204 págs.

Después de aquella gran laguna de un par de años antes, cuando en la práctica la Asamblea General de las Naciones Unidas dejó de funcionar—consecuencia de la decisión norteamericana de obligar a los miembros todos (la U. R. S. S. y Francia en particular) a ponerse al día con el pago de grandes atrasos debidos a discrepancias sobre las intervenciones militares de la organización y de la decisión de dos principales potencias de no pagar—puede considerarse como algo extraordinario y sorprendente la forma y regularidad con que se desarrolló por lo general la última de sus sesiones. De no haberse hablado considerablemente de la decisión, en un principio definitiva, del secretario general, U Thant, de dar por terminado su mandato—aunque finalmente cedió ante lo que produjo la impresión de ser un apoyo unánime de todas las delegaciones, con los Estados Unidos y la Unión Soviética a la cabeza—, y de no haberse producido algunos debates de cierta importancia, sobre todo en el Consejo de Seguridad, casi podría haberse producido la impresión de que las Naciones Unidas habían dejado de existir más bien que entrado en una fase de ordenado desarrollo de sus actividades.

La situación pudiera haber llamado mucho la atención—esta obra merecería servir a manera de eficaz recordatorio—, aunque sólo fuese por el vivo, espectacular incluso, contraste que significa esa casi total falta de apasionamiento en los debates en una atmósfera cargada de grandes y graves problemas y también, sin duda, de tensiones. En otro tiempo, una situación así hubiera sido posible sólo en el caso de que una organización de esta clase estuviese dominada de una manera poco menos que absoluta por una sola potencia o grupo de potencias que hubiesen alcanzado un alto grado de coincidencia en la apreciación de las cuestiones y la forma de ser tratadas, con lo que los debates deberían ajustarse en general a unas condiciones establecidas previamente. En esta ocasión no se podría pensar siquiera en nada parecido.

Es más, esa extraordinaria regularidad que se ha observado a lo largo de esos meses de sesiones que terminaron en un ambiente de gran sosiego en las vísperas de la Navidad, se ha debido esencialmente a una necesidad imperiosa de no permitir que se planteasen cuestiones capaces de dejar destrozada a la organización. Debido en primer lugar y ante todo al sorprendente proceso de recuperación de la posición de mucho poder cuando no de una gran influencia también de la representación soviética, que años atrás, en los años de la guerra de Corea sobre todo, había caído a un nivel tan bajo que apenas si podía sostenerse ya de alguna manera, a pesar del inmenso poder que suponía el derecho de veto, ejercido con magnánima generosidad. Porque hasta ese mismo derecho corrió en algunos momentos serio peligro, de lo que fue una demostración inconfundible la tendencia a pasar asuntos de importancia a una Asamblea General especial.

El proceso evidente de recuperación de posiciones por el lado de la U. R. S. S. se hizo en un mundo en el cual no se podría decir nunca que las tensiones de los días de la guerra fría habían disminuído y menos aún desaparecido. Se había producido un desplazamiento, sencillamente. Una demostración de llamativa elocuencia fue el debate en torno a una de esas cuestiones perennes, la admisión de la China comunista. En esta última sesión, la gran defensa de la entrada de China en las Naciones Unidas, para ocupar un sitio entre los

cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, no corrió a cargo de la Unión Soviética, como en el pasado había sucedido, por cuestión de principios o por pura rutina. Corrió a cargo de Francia, que poco a poco se ha ido desplazando hacia posiciones de un total enfrentamiento, en el orden político por lo menos, con las mantenidas por los Estados Unidos. Por vez primera desde hacía años las perspectivas de que China fuese admitida en las Naciones Unidas sufrieron esta vez un serio retroceso. Más llamativo después de la situación a que se había llegado en la sesión anterior, cuando la votación estuvo completamente equilibrada, con 47 votos en favor y otros 47 en contra. Se había llegado a tener el presentimiento de que pocos años podrían pasar ya, quizá uno nada más, antes de tropezar con la tremenda experiencia de ver lo que sucedería a las Naciones Unidas ante la necesidad de aceptar una decisión favorable al ingreso de China.

Nada de esto sucedió, sin embargo. Apenas, se podría decir, llamó la atención, más allá de un ámbito regional o, en cualquier caso, emocionalmente restringido, una cuestión de tanta importancia como el debate que precedió a la decisión de imponer sanciones a Rhodesia o la votación, en cierto modo extraordinaria, del Consejo de Seguridad, que condenó a Israel por considerarlo autor de un acto de agresión franca y violenta contra Jordania. Y todo ello a pesar, como se empieza diciendo en este sugestivo resumen de la situación del mundo en los momentos en que se estaba preparando ese gran debate anual, de que «la XXI sesión de la Asamblea General se convoca en momentos de aumentada tensión política en todo el mundo. En el Vietnam, los Estados Unidos han extendido los "raids" de bombardeo a las barriadas exteriores de Hanoi y Haifong, e incluso a la zona desmilitarizada que separa al Vietnam del Norte y el Sur. El secretario general, U Thant, ha dado expresión al creciente temor de que "la lucha pudiera desparramarse por encima de las fronteras" y las perspectivas de paz han llegado a ser más y más desoladoras.»

La clave de la situación a que se había llegado está, ciertamente, en el Vietnam, una guerra ya en serio y sobre la cual no parece posible que las Naciones Unidas, cuya misión fundamental es asegurar el mantenimiento de la paz en el mundo y hacer que la paz se restablezca en el caso de haber sido alterada, tengan o puedan siquiera tener alguna intervención eficaz. Alguna intervención, la que sea, en realidad.

Desde este punto de vista no deja de ser curiosa la circunstancia de haberse hecho gestiones o tomado iniciativas de muchas y diversas clases, pero al margen de las Naciones Unidas. El propio secretario general intervino o intentó intervenir en la cuestión, pero sin permitir nunca que su iniciativa llegase a tener estado oficial. A pesar de lo cual en alguna ocasión se expresó en términos que podían ser a la vez amargos y recriminatorios. Con lo que se pudo insinuar la existencia en él de una sensación de profundo malestar que sólo podría encontrar remedio en la decisión de abandonar definitivamente el cargo que venía desempeñando desde la muerte, en circunstancias trágicas, de Dag Hammarskjöld.

La guerra del Vietnam aparecía agravada, desde el punto de vista de U Thant, por la situación de prolongada crisis moral, de lo cual era un testimonio elocuente la crisis financiera, resultante de la actitud adoptada por la U. R. S. S. primero y por Francia a continuación, de hacer demostración de su oposición total a la presencia de fuerzas militares de las Naciones Unidas en algunas partes del mundo—la zona fronteriza de Israel por la península de Sinaí y el Congo sobre todo—, al negarse a hacer efectivas unas cuotas especiales aprobadas por la Asamblea General y que al no ser pagadas podían llevar aparejada una penalidad de tanta importancia como la suspensión del derecho de voto en los debates de la Asamblea General.

RECENSIONES

Pero, como bien se ha podido ver a lo largo de los últimos tiempos, la urdía abatida, postergada posición en que se llegó a encontrar la Unión Soviética en las Naciones Unidas había experimentado un cambio extraordinario. Y un poco sorprendente también, porque aquella nota de agrio enfrentamiento que estuvo característicamente en evidencia en los días de la guerra fría parecía haberse desvanecido en gran parte en el ambiente de significativo acercamiento entre las dos superpotencias nucleares para la discusión por lo menos, el acuerdo también en algunas ocasiones—el Tratado de Moscú sobre la prohibición parcial de las pruebas nucleares salta con facilidad a la vista, para entrar en una posible fase de mayor y más amplia colaboración todavía con la decisión tomada, en los momentos en que ya esta sesión de la Asamblea General está concluyendo, de rubricar y buscar la ratificación y extensión de un tratado para la total desnuclearización del espacio exterior—de algunos de los grandes problemas de nuestro tiempo.

Esta política de acercamiento, de «détente», ha influido, sin duda, en la vida—o falta de vida más bien—de las Naciones Unidas con ese espectáculo sorprendente de que la cuestión inmediata más importante, la guerra de Vietnam, no ha figurado siquiera en el orden del día de esta última sesión.

Incapaz, en realidad, no sólo de resolver, sino hasta de discutir algunos de los grandes problemas del momento, con una relación muy directa con algo que es fundamental para las Naciones Unidas, una de las cuestiones casi infinitas por el número que ha llegado a tener una importancia singular y casi sorprendente es la especie de hincapié que se ha hecho en las funciones y actividad del llamado Comité de los Veinticuatro, que recibió el encargo de «prestar atención particular a los pequeños territorios». Es una especie de descubrimiento el tropezar, en este libro que guarda sorpresas llamativas, sin duda, para todo el que no haya convertido estas cuestiones en una especialidad de toda la vida, con la lista de los territorios que son del interés especial de este Comité.

Suben a 55 en total y aparecen clasificados en cinco grupos: territorios de tutela, dos bajo tutela australiana, uno norteamericana; el territorio del Africa del Sudoeste; los territorios que han sido declarados por la Asamblea General como territorios no autogobernados en el sentido del capítulo XI de la Carta de las Naciones Unidas, pero sobre los cuales no es enviada información por las potencias administradoras respectivas, 12 en total, uno de ellos Rhodesia y las restantes provincias y posesiones portuguesas; territorios autogobernados de los cuales es enviada información por las respectivas potencias administradoras, 41 en total, de los cuales cuatro son españoles, 31 ingleses y tres norteamericanos. Finalmente, quedan los «otros territorios», dos nada más, la Somalia francesa y Omán. De lo que son estos territorios pudiera dar una idea el grupo más numeroso de todos, el británico: Adén, Antigua, Bahamas, Barbados (ya independiente), Basutolandia (independiente), Bechuanalandia (independiente), Bermuda, Honduras británica, islas Vírgenes británicas, Brunei, islas Caimán, Dominica, islas Falkland (Malvinas), Fiji, Gibraltar, islas Gilbert y Ellice, Granada, Hong-Kong, Mauricio, Montserrat, isla de Pitcairn, Santa Helena, San Kitts-Nevis-Anguila, Santa Lucía, San Vicente, Seychelles, islas Salomón, Swazilandia, islas de Turcos y Caicos. Aparte Bechuanalandia, ahora independiente con el nuevo nombre de Botswana, y el protectorado de Adén, con la independencia prometida para el año que viene, como parte de la Federación de la Arabia del Sur, el mayor de estos territorios, las islas de Salomón, tiene una superficie que no llega a los 30.000 kilómetros cuadrados, y el más pequeño—dos, Gibraltar y la isla de Pitcairn—apenas pasa de los cinco kilómetros cuadrados. For el lado de la población se alcanza el tope máximo en Hong-Kong, con 3.692.000 habitantes, y el mínimo en la isla de Pitcairn, con 80 nada más.

RECENSIONES

Una especie de resumen de la situación a que se ha llegado en un mundo donde ha tiempo que se habla de los problemas de los países en que en gran número han alcanzado la independencia en unos pocos años, haciendo con ello subir el número de miembros de las Naciones del medio centenar en los días de su fundación a 122 en la actualidad; se habla también de la necesidad de alterar o poner fin a situaciones salidas de un régimen de ocupación que está, de una forma u otra, en contradicción manifiesta con otro principio, asimismo fundamental, de la Carta de las Naciones Unidas.

JAIME MENENDEZ

JULES ROY: *Le voyage en Chine*, Editions Julliard, París, 1966, 414 págs.

Se recuerda la aventura de André Gide en Rusia, hace treinta años. Cansado de su hedonismo disconformista, el autor de *El inmoralista* inició un flirtío con los intelectuales antifascistas que celebraban en él a un destructor del pensamiento burgués. Invitado en Rusia soviética, Gide se trasladó allí con el entusiasmo de un neófito. Y en Rusia se encontró no sólo con la dura disciplina staliniana, sino con el culto georgiano. Regresó asqueado y lo dijo en un libro carente de indulgencia, *Regreso de la U. R. S. S.*, que mereció verse furiosamente atacado por sus amigos en la víspera.

Es poco más o menos lo que acaba de sucederle a Jules Roy, que, en un grueso volumen de más de 400 páginas, cuenta sus desengaños chinos. Jules Roy es uno de los escritores importantes de la actual izquierda francesa. Perteneciente a una familia de pequeños campesinos franceses de Argelia fue seminarista y después oficial de Aviación antes de ser escritor. Se dio a conocer con su libro sobre los bombardeos del Ruhr, *La vallée heureuse*, y figuraba en Francia como sucesor de Saint-Exupéry. Las guerras coloniales, en las que tomó violentamente partido contra los «colonialistas» franceses, lo situaron en primera fila de los intelectuales «progresistas». *L'Express* lo envió a Extremo Oriente para describir a sus lectores las grandes realizaciones chinas, y Jules Roy, al frente de una expedición de fotógrafos, de cineastas, etcétera, emprendió ese viaje a China, no sin haberse leído previamente un crecido número de obras antiguas y modernas sobre ese país misterioso.

Y, de regreso a Francia, el viajero confiesa que no ha visto gran cosa, y que cuanto ha visto no es muy grato para un humanista. Al llegar a Pekín, funcionarios chinos, que no los dejaron ya ni a sol ni a sombra hasta su marcha para Hong-Kong, se hicieron cargo de Jules Roy y de sus compañeros. Resulta claro que al escritor francés no le gustaba que lo acorralaran así. Hubiera querido circular solo, hablar con la gente del pueblo (pero ¿cómo habría podido hacerlo sin intérprete?), ver casas de campesinos, de obreros y de pescadores. Pero, so pretexto de que todo esto carecía de interés, guías e intérpretes lo arrastraron de recepciones en museos de la revolución y a establecimientos modernos para que pudiera valorar y admirar las grandes realizaciones de la revolución china y de su genial jefe Mao Tse-Tung, de acuerdo con un itinerario juiciosamente establecido por los servicios de la propaganda. Por no encontrar muy de su agrado tal tutela el antiguo oficial francés, las relaciones se hicieron tensas y, si nos atenemos a sus reflexiones, la comprensión franco-china más bien salió malparada de su aventura.

De las lecturas previas a su viaje, Jules Roy había retenido citas de dignatarios chinos del antiguo régimen que mostraban su infinito desprecio hacia los bárbaros incapaces de comprender la civilización del Imperio del Medio.

RECENSIONES

Se le vinieron a la memoria al ver a los discípulos de Mao Tse-Tung. Y no pudo por menos que comprobar que el mismo abismo seguía separándolo de éstos. Comprobación deprimente para un amigo de los pueblos de color y para un campeón del anticolonialismo. Pero el orgullo chino se ve decuplicado por la victoria de la revolución sobre Chang Kai-Chek, vasallo de los norteamericanos y amigo de los europeos, por la guerra de Corea y, finalmente, por la fabricación de la bomba atómica. Hoy día, China se cree invencible. Basta con dejar que obre el tiempo.

La personalidad más importante que el escritor francés vio en China, el ministro de Asuntos Exteriores, Chen Yi, le declaró: «China no se lanzará jamás a una agresión, pero cuando el imperialismo norteamericano amenaza nuestra seguridad, tenemos que defendernos y ayudar a sus víctimas. No fue sino después de la invasión de Corea cuando decidimos resistir a nuestra vez y ayudar a Corea. Sucederá otro tanto en Indochina. Ni la guerra ni la bomba atómica resolverán estos problemas...

»Con la bomba atómica puede destruirse una generación, pero la segunda o la tercera se levantará para resistir y renacerá la paz.

»... hace mil trescientos años, bajo los Tong, China conoció una experiencia semejante. Sólo tenía ciento sesenta millones de habitantes y, después de diez años de guerra, se quedó reducida a cuarenta. ¡Pues bien!, se curó de ello...»

Sin embargo, el mariscal Chen Yi decía que ante todo su régimen quería trabajar en favor de la mejora del nivel de vida del pueblo y para convertir al país en una gran potencia industrial. Se necesitaban «unas cuantas decenas de años para conseguirlo.» Mas el autor de *La vallée heureuse* no está muy convencido de las buenas intenciones de los mandarines de Mao Tse-Tung. Cita una frase de éste, inspirada por lo demás en las viejas normas de Sun Tse: «Antaño, quienes tenían la experiencia de los combates no se metían nunca en guerras de las que preveían que no podían concluir en su favor. Antes de iniciarlas, estaban seguros del éxito. Si las circunstancias no les parecían propicias esperaban tiempos más favorables. Según ellos, era uno vencido por su propia fuerza y victorioso por culpa de sus enemigos.» Jules Roy, que recuerda la forma en que el tonkinés Giap venció a los generales franceses en Dien Bien Fu, se pregunta si los chinos no serían capaces de una hazaña análoga. ¿Qué no se puede hacer con setecientos millones de hombres (que serán mil millones en 1980 y dos mil millones en el año 2000) fanatizados, sometidos a una disciplina férrea y guiados por un jefe que puede maniobrar a su antojo e imponer sin preocupación los más duros trabajos a los suyos?

El autor de *Voyage en Chine* trata en diversas ocasiones del que llama «el emperador Mao Tse-Tung, fundador de la nueva dinastía popular». Ese hijo de campesinos convertido en bibliotecario y en revolucionario tuvo una idea genial. En contra de los ortodoxos del marxismo que se afanaban en la revolución urbana aconsejó volverse hacia las masas rurales, increíblemente pobres, cuya rebelión había de barrerlo todo. A un momento dado se le tuvo por sospechoso, pero acabó por triunfar. Hoy día es una especie de divinidad triunfante. Jules Roy lo describe con motivo de las fiestas de la revolución china, en un banquete gigantesco presidido por el amo de China y sobre todo en la magna revista militar del 1 de octubre, en la que, impassible, ese anciano de rostro imponente veía pasar ante él su propia estatua llevada por sus admiradores antes de contemplar el desfile de su Ejército. Como antaño Stalin, los historiadores cuentan sus hazañas y los poetas celebran su genialidad.

*Muy amado presidente Mao Tse-Tung,
sol que ilumina nuestro corazón.
... contigo hemos inaugurado la historia de la Nueva China,
contigo vamos hacia la liberación de la Humanidad.*

RECENSIONES

*... ¡Oh!, muy amado presidente Mao, nuestro gran guía...
... siempre avanzaremos valerosamente en pos de ti,
para que un día la bandera roja ondee por doquier.*

Este incienso desagrada a Jules Roy. Sin embargo, lo explica. En él ve el desquite de los «que arrastraban los carros de los mandarines». Maltratados por los ricos, humillados por los europeos desde hace un siglo, los chinos saludan en Mao al jefe que los liberó de sus tiranos. El escritor francés pinta un cuadro muy negro de aquéllos. Al leer sus diatribas con emperadores manchúes, Tseu-Hi, Chang Kai-Chek, su esposa y su rica familia, no se puede sospechar que, con todos sus defectos, la vieja China tenía una civilización exquisita (de la que es cierto que sólo gozaba una minoría). En el juicio contra el antiguo régimen chino o sus invasores japoneses, Jules Roy no matiza. Está de corazón con el pobre pueblo y con el Ejército rojo. Incluso apasionadamente, como cuando trata a las tres hijas del banquero Song, las señoras Sun Yat Sen, Kung y Chang Kai-Chek, de «tigresas». Pero como quiera que no carece de cierta honestidad intelectual y que no es ciego, se le impone que después de su victoria el pueblo chino sigue siendo miserable.

En Tsinan vio a campesinos trabajar la tierra con la azada y «yuntas de hombres y de mujeres que tiraban carros»; en la carretera «mujeres y niños uncidos a su vehículo arrastraban tierra, piedras, tejas, cemento...» Se pregunta si la verdadera China es «ese mundo de muertos de hambre uncidos a montones de piedra o de hierba». En Chuking divisó casas de madera, cabañas de paja trenzada y una humanidad pululante de esclavos inclinados hacia la tierra, deformados por el peso de los fardos. Por encima de ellos, los mandarines del partido o del Gobierno, distantes, indiferentes y un poco abochornados de que unos extranjeros vieran esas taras, que juraban que antes era todavía peor. Acaso Jules Roy les conceda algo de crédito sobre este punto. Pero tiene que confesar que «venido a China ebrio de amor y de admiración», se fue «amargo y aterrado».

Frente a un pueblo que quiere convertirse en el primero del mundo y que después de haber abandonado su arte tradicional «se dispone a sacar cohetes de largo alcance capaces de aniquilar a Norteamérica», el escritor francés se ha sentido occidental. Es posible que un desengaño sentimental que relata lo haya malhumorado, pero no le ha gustado ni la cocina china, ni el alcohol chino, ni sus guías-intérpretes, ni, sobre todo, la tortuosa forma de razonar de éstos y su horror a la línea recta. La cortesía china, que este Alceste francés no quería respetar, lo ha exasperado a las claras. El teórico del anti-colonialismo y de la igualdad de los hombres ha llegado poco más o menos a la misma conclusión que Kipling: «El Oriente es el Oriente y el Occidente es el Occidente y jamás se unirán.» A lo sumo, Kipling sacaba de tales premisas la conclusión de que el blanco podía, con toda tranquilidad, dominar al hombre de color, mientras que Jules Roy piensa que esto fue un error que ha enfrentado a los antiguos indígenas con los extranjeros que los humillaban.

Pero una vez que los blancos se han ido, ¿no saldrán los chinos de su vasto país para lanzarse a la aventura o bien para vengar sus antiguas humillaciones en los norteamericanos y en los europeos? Sus interlocutores le han jurado que no, sin convencerlo. «En lo que a mí respecta, sabía que la generosidad de China era un engaño, la inocencia de China una estafa, el amor de China a la paz una mentira», dice en el último capítulo.

Por parte de un general norteamericano o de un servidor de Wall Street, tal juicio no tendría demasiada importancia. Viniendo de un progresista francés, invita a reflexionar. Decididamente, la paz y la felicidad del género humano no se darán mañana.

CLAUDE MARTIN

RECENSIONES

CHRISTOPHER LAYTON: *Trans-Atlantic Investments* Boulogne-sur-Seine, Instituto Atlántico, 1966, 164 págs.

Monografía encaminada a estudiar la controvertida cuestión de las inversiones americanas en Europa, sus ventajas y sus problemas.

El primer capítulo de la publicación reseñada tiene por objeto poner de relieve el crecimiento de las inversiones directas estadounidenses en Europa, los motivos del creciente interés de los industriales americanos por nuestro continente, los beneficios de la afluencia de capital estadounidense a Europa (así, en tecnología y en métodos administrativos) y el valor político de tales inversiones (cemento de unidad para el mundo atlántico). Asimismo se presentan hechos como la ayuda y el estímulo de la Europa de la postguerra a la corriente inversionista estadounidense, con la particularidad de que la recuperación de Europa hacia a ésta más atractiva para el capital americano.

Ahora bien, con el tiempo cambiaban las actitudes europeas. Tema de otro capítulo. En él se asiste a las críticas contra los Estados Unidos como principal suministrador mundial de capital—reemplazando a Europa en tal cometido—. Y Layton precisa cómo la política ha desempeñado un significativo papel en la gestación de ese ambiente «negativo».

Entrando en materia se aportan elocuentes datos de la política francesa sobre las inversiones americanas, se señala la unión de las izquierdas y de las derechas en las críticas a las inversiones estadounidenses y se pasa revista a la política gala en relación con las normas de la O. C. D. E.

Seguidamente, se enfoca la posición de los otros cinco miembros de la C. E. E. ante los beneficios económicos de las inversiones americanas, fijándose la atención singularmente en las dudas expresadas por círculos industriales de la Alemania Federal.

En el siguiente capítulo se plantea el asunto del *mito* del tamaño de las firmas «mastodontes» americanas. Aquí se ven las singularidades de las empresas estadounidenses y europeas: industrias del automóvil, de la maquinaria agrícola, de los productos químicos, del acero, del aluminio, del petróleo, de la maquinaria eléctrica y no eléctrica y de la alimentación. (Nótese que el panorama europeo cambia según entren o no en la comparación los países de la E. F. T. A.—ejemplos de Unilever, Nestlé—.) Layton consigna que la industria europea está todavía levantada a una escala nacional. No obstante, Layton nos indica que la industria química de Europa tiene firmas de «estatura» estadounidense; que, en el campo de los automóviles, cuatro sociedades o grupos europeos deben ser lo suficientemente fuertes para competir en el futuro con las filiales americanas; que, en la industria del acero, Europa no tiene empresas comparables en envergadura a la *U. S. Steel Corporation*, y que no ha intentado imitar tal conducta...

Yendo hacia una política industrial europea, el autor hace una serie de reflexiones del tipo de la siguiente: una de las necesidades es un planteamiento más efectivo de las inversiones en cada sector de la industria, a un nivel europeo.

Ahora bien, a juicio de Layton, la competencia es en sí misma una importante condición previa del surgimiento de fuertes y viables firmas europeas. Dentro de ello se encuadra el asunto de la necesidad de que las inversiones

RECENSIONES

americanas entren en la competencia lealmente y que no abusen de su poder. Esto constituye el objeto de otro apartado. En él se exploran los medios de asegurar que la competencia entre las compañías europeas y americanas sea verdaderamente leal (ahí los obstáculos a la corriente de las inversiones y las reglas de competencia—de precios a monopolios, pasando por la política de exportación—).

En capítulo aparte se expone el problema del desequilibrio en la esfera tecnológica. Nos encontramos ante el aumento de la distancia entre los Estados Unidos y Europa en los terrenos de la ciencia—pura y aplicada—, de los nuevos descubrimientos y de las nuevas industrias.

Hoy es una realidad—como afirma Layton—la conciencia de la importancia de la investigación para el crecimiento económico. Y he aquí que uno de los principales temores europeos es éste: la excesiva dependencia europea de la tecnología estadounidense conducirá a una *economía permanentemente de segunda mano*. Este apartado resulta interesante de verdad. Y pone cosas en su sitio. Por ejemplo, dicese que una y otra vez los cerebros europeos han hecho descubrimientos e innovaciones fundamentales, que posteriormente han sido desarrollados en los Estados Unidos. «El problema para Europa es mejorar y acelerar la aplicación práctica de sus nuevas ideas.»

En esta tesitura, Layton trata del papel del Estado en los gastos de investigación y desarrollo industriales y de la parte consagrada a la defensa en tales gastos; expone los casos de las industrias de los «computadores» y de la aviación (campos para la acción de una nueva autoridad europea) y lanza advertencias—a los Estados Unidos y a Europa—contra una duplicación de esfuerzos en la investigación como consecuencia de restricciones nacionalistas.

Otra faceta abordada por la publicación comentada es la problemática de los mercados de capital: debilidades del mercado europeo de capitales (que no son debidas a la falta de ahorro) y sus remedios. En este último extremo se destaca—por encima de todo—el deber de los Gobiernos europeos de enfrentarse con la cuestión del papel del Estado en la inversión industrial. Parejamente, se habla de la supresión de las barreras entre los mercados europeos de capital, de la armonización de leyes e impuestos, etc.

A continuación, hemos de hacer constar—con Layton—que el tacto es una gran baza para las inversiones extranjeras. Así tenemos que las quejas alemanas sobre las inversiones estadounidenses se refieren menos a las inversiones en sí que al *estilo*. Ahora bien, algunas de las aprensiones surgidas en esta esfera de las inversiones no pueden calmarse sólo por el simple tacto. Pues bien, los aspectos de esta cuestión son desgranados en todo un capítulo. En él se consideran las reglas de buena conducta (empleo de personal local, consultar a los Gobiernos locales, etc.); la solución—bajo la óptica de la *partnership*—del establecimiento de *holding companies* abarcando todas las operaciones europeas (frente a la integración 100 por 100 con la sociedad madre y al arreglo de asociación para un país), y advertencias—en el marco de la internacionalización de los Consejos de las compañías—sobre la necesidad de cambiar no sólo las actitudes de las sociedades estadounidenses, sino también la ley federal de los Estados Unidos.

Al ocuparse de la balanza de pagos de los Estados Unidos, Layton manifiesta que las inversiones directas de los mismos en Europa no son la principal causa del déficit en la balanza de pagos de aquéllos. El déficit estadounidense es con el mundo subdesarrollado y es el resultado de los gastos en masa en ayuda exterior y de dispendios militares. Aquí se consigna el papel

RECENSIONES

a desempeñar por Europa. En este sentido: una solución para el desequilibrio de la balanza de pagos entre los Estados Unidos y Europa no consiste para aquéllos en cortar su corriente de fructíferas inversiones, sino en exportar Europa más capital a los países subdesarrollados y hacer su asistencia más «convertible» en los Estados Unidos. De este modo opina Layton. Asimismo es del parecer de que la reforma del sistema monetario internacional debe ayudar a Europa a participar en la tarea de Estados Unidos como banqueros del mundo.

Distintos apéndices—17 tablas—cubren las últimas páginas del estudio reseñado. En ellos contamos con sustanciosos pormenores acerca de las inversiones directas de los Estados Unidos en el exterior, de las inversiones del exterior en los Estados Unidos, de las cincuenta firmas mayores de los Estados Unidos, de las cincuenta firmas mayores de Europa, de los «gigantes» del automóvil, de los productos químicos, del petróleo y de la industria eléctrica en los Estados Unidos y en Europa, etc.

* * *

La presente monografía ha sido realizada en una serie de meses y basada en conversaciones con un gran número de economistas y hombres de negocios de Europa y de América. Parejamente, el autor se ha beneficiado grandemente de la asistencia a una reunión con seis economistas, en junio de 1965, y de una conferencia con unos cuarenta economistas y *businessmen* bajo la presidencia del doctor Abs—director del *Deutsche Bank*—, en octubre de 1965. (Ambas reuniones, organizadas por el Instituto Atlántico.)

En resumen, una notable contribución al estudio de las facetas clave de las relaciones económicas atlánticas, en un laudable intento de sugerir respuestas en una perspectiva de estrecha asociación entre Europa y los Estados Unidos, de inmensos beneficios para ambas y esencial para un mundo de mayor estabilidad.

Trascendente empresa, pues postula para los dos lados la urgencia de comprender—en un mundo de simplificación de pensamiento—una humana—y, por ende, tremenda—palabra: *solidaridad*...

LEANDRO RUBIO GARCIA

